

XVI

Ya estoy aquí. Si el viaje no os ha molestado mucho, yo también por mi parte estoy completamente bien, gracias á la costumbre que tengo de dividir en dos partes el camino : salí de París á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la mañana y comí en Burdeos, donde dormí aquella noche para volverme á poner en marcha al día siguiente y llegar á Luchón á eso de las tres de la tarde.

Tengo una verdadera complacencia al convencerme en el momento de mi llega-

da de que los edictos del antiguo alcalde Mr. Tron, han sido respetados por su sucesor el doctor Azemar. Gracias á un bien redactado reglamento que, según me parece, no existe en ningún otro país; el viajero, en lugar de verse molestado desde su entrada en la estación por los gritos de los cocheros, comisionados, mozos de hotel, asaltado por los corredores de la localidad, transportado, metido algunas veces por fuerza en un ómnibus como si fuera una maleta, no escucha ningún ruido ni viene á ser la víctima de ningún importuno, escapándose de la plaga que sobre él cae en otros puntos.

Un gran silencio reina en todas partes. Nadie se mueve. Se diría que los naturales de Luchón son de cera ó de palo. Colocados en línea como los soldados en día de parada, á lo largo de la acera, vigilados por dos agentes de orden público que no tienen complacencias, llevan en la mano á guisa de fusil una especie de percha en la que remata un letrero en que se lee : « Hotel de

Inglaterra, de los Baños, de los Príncipes, de España, del Parque, del Casino, Riche-lieu, Socarón; hoteles y cuartos para alquilar; landós, cestos, caballos y borricos á precios arreglados; *cure du petit-lait*, etc.»

El recién llegado puede sin ser objeto de ninguna presión, de ninguna violencia, mirar, inspeccionar á su antojo, y escoger á su gusto. Desde los primeros pasos se siente uno favorablemente dispuesto para juzgar una población que recibe de esa manera tan discreta.

Un coche me esperaba para conducirme con mi equipaje al hotel Socarón, enviado por el director general de la compañía arrendadora de las Aguas de Luchón, S... de B..., á quien telegráficamente había participado mi llegada. Digno de atención es este tipo parisién del Mediodía ó meridional de París, tan conocido de todos los *club-men*, y principalmente de los jugadores. De carácter dulce y á la vez violento, sencillo y perspicaz, generoso hasta el exceso, y econó

mico algo más que lo razonable, pero siempre bueno y servicial; gran tallador de banca, cuya manía consiste en jugar en su casa, en el círculo que había creado, en el casino que él había fundado. Lo más frecuente es que pierda, comiéndose de un modo lo que gana de otro, y fundar inmediatamente una nueva casa con la esperanza de que la suerte le será más propicia en el nuevo inmueble. De esta manera, y gracias á su manía, agradable para los demás y dura para él, tenemos los casinos de Luchón, Biarritz, Niza y uno de los más recreativos de París.

La habitación que me había reservado en el piso principal de la alameda de Etigny era muy bonita.

En muy poco tiempo abrió las maletas mi ayuda de cámara, arreglando mis trajes y colocando en su sitio todos los objetos de tocador.

A las cinco de la tarde atravesaba la alameda de Etigny, yendo á sentarme delante

de una de las mesas de Arnative para adquirir noticias.

Cuando uno es individuo de gran número de círculos de París como yo lo soy, puede estar seguro de que en Luchón y á fin de Julio ha de encontrar algún compañero ó algún amigo. Esto es precisamente lo que me sucedió; á muy poco rato éramos ya cuatro alrededor de la mesa, fumando, riendo y murmurando del prójimo y de las prójimas. Al concluir el primer cigarro sabía ya los nombres de los principales bañistas y de las más hermosas bañistas, y al encender el segundo estaba al corriente de la aventura de la víspera, de la del día y de la probable para el siguiente.

Además, desde el sitio en que nos encontrábamos, se ve de cinco á seis de la tarde desfilan todo Luchón que á pié, á caballo ó en coche, vuelve de sus paseos á las cercanías ó á la montaña; de esta manera ví aparecer una después de otra infinidad de mujeres de posición y de clase.

En un cesto iba la señora C..., mujer morena que se hacía notar el invierno pasado en la Opera por su exagerada manera de llevar el descote. Pero está delgada tan en alto grado, que su más íntima amiga decía últimamente: « Ella lo enseña todo, pero no deja ver nada. »

Jinete en un hermoso caballo, volvía del valle de Lis una baronesa célebre entre todas las baronesas, la primera en la tribu de Israel por su fortuna, por su talento, sus encantos y artísticos gustos. De talle adorable y flexible, ojos seductores como existen muy pocos en el mundo, tiernos, resueltos, llenos de castidad, sencillos y coquetones; tez de rubia y hermosos cabellos negros. Para las gentes que saben contar, debe estar algo próxima á los cuarenta, pero con ella no se puede contar; siempre se supone que tiene veinte años, que es lo que representa. Los tiene y los tendrá mucho tiempo; pues así lo desea.

También va á caballo la señorita C...,

natural de Namur, rubia, pequeñita, fina, delgada, muy joven y muy soñadora. ¿Con qué sueña? Sin duda con algún príncipe encantado de cuento de hadas.

En un cesto va también la condesa de B..., apellido ilustre, gran notabilidad, gran influencia, que sirve á sus amigos; gran talento en escultura, gran talento en música, gran escultora, y sobre todo gran belleza, simpática y muy amada de todo el mundo.

La señora Z... pasa en landó; más bien que mujer de clase es un comparsa de la clase principal, en que se ha introducido poco á poco á fuerza de talento y por la recomendación de un hombre de arraigo que la quería bien á cambio de alguna revancha. No carece de originalidad su cara, gracias á una nariz respingada de tal manera, que parece mirar al cielo queriendo echar á volar. Una mala lengua decía de ella que: « Cuando hacía mal tiempo, se debía constiparse el cerebro la pobre señora Z... La lluvia le cae perpendicularmente en las fo-

ras nasales : son una especie de goteras. » Sea así; pero los conocedores aprecian mucho las goteras de aquella nariz.

Artistas dramáticas había muchas : á pié, llevando de una mano su hermoso niño, y en la otra un Molière, caminaba la señorita B..., de la Comedia Francesa. En su físico es todo encantos, pasando por tener muchos, y teniéndolos en realidad; su parte moral es completa, porque posee una gran sencillez y una verdadera modestia. Como talento, es una artista notable; para resumir, es el tipo de la seducción.

— ¡ Ahí va Domenil! dice de repente uno de mis amigos, indicando una amazona que galopaba por la alameda.

— ¡ Domenil! repetí. Os equivocáis, amigo mio; esa amazona es muy hermosa, pero no se parece en nada á Domenil, á quien conozco mucho.

— ¿ Conocéis á la verdadera Domenil? me respondió. Esta es la falsa.

— ¿ Tiene el mismo nombre que la otra?

— Lo ha tomado para darse á conocer. Esto no tiene ya nada de particular, y la verdad es que produce su efecto, porque si no os hubiese dicho su nombre seguramente no la habríais mirado, ni me pediríais noticias de ella.

Acababa de pararse muy cerca de nosotros un magnífico landó á la Daumont con cuatro caballos soberbiamente enjaezados. Dos personas estaban sentadas en él : un hombre de unos treinta años, mediana estatura, robusta apariencia y bien formado, de morena tez y facciones correctas, ojos vivos, pobladas cejas, abundantes cabellos y negra barba muy cuidada y muy limpia á la cual acariciaba con cariño. Su traje era elegante ; pero de una elegancia de provincia.

A su lado había una mujer que parecía joven, porque el velo que la ocultaba no dejaba apreciar los detalles.

— ¡ Calla ! Los condes de X..., dijo uno de los que conmigo estaban.

El nombre meridional que habían pronunciado no me decía nada.

Era posible que lo hubiese oído ; pero no le recordaba.

— Vienen de Saint-Mamet á donde se fueron á almorzar esta mañana, dijo Gastón de B..., joven Tolonés, que se pasa la vida en París y á quien trato con mucha intimidad : os dejo un momento, voy á saludarlos.

Y se levantó acercándose al coche.

Yo que no conocía al Conde ni á la Condesa, permanecí en mi sitio y con la espalda vuelta hacia ellos continué mi conversación.

Transcurridos algunos momentos, se acercó Gastón á la mesa, y llevándome aparte me dijo :

— Amigo mío ; he hablado de vuestra llegada, y el conde X..., que conoce vuestro nombre, quisiera conoceros más. ¿ Queréis que os lo presente ? En seguida os presentará á su mujer, que os advierto es una mujer adorable.

— Con mucho gusto, dije levantándome y dirigiéndome hacia el carruaje con Gastón de B... Un estremecimiento nervioso sacudió repentinamente todo mi ser.

La condesa tenía levantado el velo á medias y pude ver entonces unos labios gruesos, rojos, entreabiertos para dejar ver unos blanquísimos dientes... que me hicieron creer eran de la boca que buscaba hacía tanto tiempo.

Pero, indudablemente me equivocaba ; aquella malhadada boca que había embargado mi imaginación tan pertinazmente me perseguía en todas partes creyendo verla.

Sin embargo, á medida que me aproximaba, decía para mí : « ¡Es ella ! ¡Es ella ! En todo el mundo no hay dos como esa. »

Al mismo tiempo me pareció que la Condesa había hecho un brusco movimiento en el momento en que me apercibió. Había llevado su mano al velo como si quisiera

bajarle más, defendiéndose y ocultándose de mis miradas.

Pero seguí también equivocándome entonces, aunque quizás pudo ser muy bien, que á aquel primer movimiento impensado le sucedió otro más reflexivo : después de haber cogido el velo para bajarlo, aquella misma mano acababa de levantarlo bruscamente y por completo, dejando descubierto su hermoso rostro.

Entonces pude ver aquella hermosa cabeza de correctas líneas adornada de abundante y sedoso cabello y el perfil de su rostro de perfectos detalles.

Creía reconocerlos y recordarlos : los mismos cabellos, de un rubio subido, recogido en magníficas trenzas por detrás ; los mismos ojos rasgados, de mirar profundo y grandes ojeras ; las arqueadas cejas, que casi se juntaban ; nariz recta, acentuada ; y aquellas fosas nasales. Había entrevisto cada una de estas perfecciones separadamente una después de otra, y volvía á verlas

clara y distintamente esta vez, reunidas, en conjunto.

¡ Ah! Sin duda era juguete de alguna alucinación. Soñaba despierto persiguiendo mi quimera y me imaginaba haber encontrado, no solamente mi boca, sino que también creía renocer la nariz, los ojos y los cabellos, que formaban su cortejo.

XVII

El conde de X..., que había mandado parar el coche delante del hotel Arnative para hacer algunas preguntas al dueño que era una de las celebridades de Luchón, se bajó del carruaje en el momento en que vió que nos aproximábamos Gastón de B... y yo, para venir á nuestro encuentro.

Al hacer la presentación estuvo atento hasta la saciedad. Tenía una palabra fácil y fecunda, expresándose con el calor de las personas del Mediodía, y cierta gracia y

atractivo que solamente poseen las personas de buena posición. Con mis costumbres de parisién, reservado por educación, por sistema más bien que por temperamento, yo no habría respondido con mucho calor á sus atenciones, si no hubiera visto detrás de él á su mujer. Pero se trataba de llegar hasta ella lo más pronto posible, y violentando por política mi costumbre, me manifesté expansivo y meridional hasta la exageración.

Mi táctica tuvo buen éxito, porque á muy poco rato escuché las deseadas palabras :

— Permitidme que os presente á la Condesa.

— ¡No faltaba más! me apresuré á responder, yo soy quien os lo suplica.

Acompañado de mi introductor me adelanté hacia la señora de X..., cuyo rostro permanecía descubierto, mirándome con franqueza, con sus grandes ojos azules y la sonrisa en los labios.

Había tenido tiempo para reponerme.

Saludé respetuosamente, pronunciando algunas frases insignificantes sin que mi voz, según pienso, manifestase ninguna emoción. La suya estaba también tranquila sin que tratase de ocultarla. Pero mi mente sobreexcitada, turbada por mi ensueño, creía haber oído ya aquella voz de timbre angelical. Sí, esa era la misma voz y el mismo acento que en otro tiempo había murmurado á mi oído: « ¡Dejadme, caballero! ¡Dejadme! Me he equivocado... me creía más fuerte. ¡Si sois un hombre decente, ayudadme á salir! »

¡Qué locura!

La conversación se hizo general. El Conde, Gastón y yo, de pié, apoyados en las portezuelas del coche, hablábamos con la señora de X..., que permanecía recostada en el landó.

Primeramente se habló de Luchón, de sus placeres, de un baile que se iba á verificar aquella misma noche en el nuevo Casino, de las ascensiones proyectadas y de

las ya realizadas. Se decía que la Condesa era notable en estos ejercicios, y que subía con más facilidad á la Maladetta que nosotros podríamos hacerlo á las alturas de Montmartre.

Después hablamos de París.

— Generalmente vivimos en nuestra casa de Tolosa, y en nuestras tierras, que están muy próximas, me dijo el Conde, pero todos los años hacemos un viaje á París. El invierno pasado estuvimos allí tres meses.

Dirigi mi vista de una manera discreta sobre la Condesa, y me pareció notar que se encendía algo su rostro. Sin embargo, un imprudente rayo de sol se proyectaba entonces sobre sus mejillas, y era muy fácil que hubiese contundido el rubor con un simple efecto de luz.

Por último, el Conde subió al carruaje, haciéndome prometerle que iría por la noche al baile del Casino, y estrechándome con efusión la mano desapareció acompañado de su mujer.

XVIII

— Iremos á reuniones con nuestros amigos, me dijo Gastón de X..., cuando estuvimos solos.

— Si no tenéis ningún inconveniente en ello, respondí, daremos primero un paseo. Cuando se ha estado dos días de viaje en ferrocarril se encuentra muy agradable el pasear.

— Estoy á vuestras órdenes, querido amigo, me respondió.

Estaba impaciente por saber noticias de